

## NUESTRA ACCION

POR

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA.

La sociedad que nos ha tocado vivir no complace a nadie. De un lado, los grupos de extrema izquierda pretenden su destrucción para edificar en su lugar no se sabe qué utopía; de otro, se alzan numerosas voces que sabiendo lo que quieren tal vez ignoran los modos concretos de conseguirlo. La diferencia radical entre unos y otros está en que los primeros quieren arrasar cuanto existe mientras que los segundos intentan eliminar solamente lo que se ha introducido de perjudicial en la sociedad para que los elementos sanos puedan crecer vigorosamente.

Y aquí es preciso evocar dos frases clásicas que han de ser la estrella polar de nuestra tarea: *"Hay que recordarlo enérgicamente en estos tiempos de anarquía social e intelectual en que cada individuo se convierte en doctor y legislador ..., no se reedificará la ciudad de un modo distinto a como Dios la ha edificado; no se levantará la sociedad si la Iglesia no pone los cimientos y dirige los trabajos; no, la civilización no está por inventar, ni la nueva ciudad por construir en las nubes. Ha existido, existe; es la civilización cristiana, es la ciudad católica. No se trata mas que de instaurarla y restaurarla sin cesar sobre sus fundamentos naturales y divinos, contra los ataques siempre nuevos de la utopía malsana, de la revolución y de la impiedad: omnia instaurare in Christo"* (S. Pío X: NOTRE CHARGE APOSTOLIQUE, I, 11). *"La Revolución es una doctrina que pretende fundar la sociedad sobre la voluntad del hombre, en lugar de fundarla sobre la voluntad de Dios. La contrarrevolución es el principio contrario, es la doctrina que hace apoyar la sociedad sobre la ley cristiana"* (Alberto de Mun, Discurso en la Cámara de Diputados y Discurso en la 3.<sup>a</sup> Asamblea General del Círculo Católico).

En ellas están contenidos los fundamentos de nuestra acción. Bien merecen, pues, una sucinta glosa. La sociedad que pretendemos no puede ser el fruto de los sueños sino que ha de estar profundamente enraizada en la naturaleza. Quienes creen en la Divina Providencia han de considerar atentamente los designios de Dios sobre el hombre y la sociedad. Y en la adecuación de nuestros esfuerzos a esos designios se hallará la fórmula feliz que ha de conseguir una sociedad humana tan perfecta como la perfección le sea dada a los hombres.

Por tanto no cabe soñar en una sociedad que sea la bondad absoluta, sino más bien en la máxima bondad posible dada la naturaleza humana caída y redimida por Cristo. Hay que huir, pues, de la "utopía malsana" y buscar de nuevo la civilización cristiana tal como Dios, Suprema inteligencia, la ha concebido.

Y para conseguirla no hay que hacer una revolución en contra de la Revolución que padecemos, sino lo contrario de lo que hace esa Revolución. Es decir, hay que volver a fundamentar la sociedad sobre la ley de Cristo. Hay que intentar que en lo posible la sociedad sea ese Reino de verdad y de vida, de santidad y de gracia, de justicia, de amor y de paz, que Cristo ha venido a instaurar.

Para lograrlo es preciso atender a la base sobre la que hay que actuar, a los instrumentos con que se cuenta, a los fines que se quieren conseguir y a las circunstancias externas que pueden influir sobre la base y sobre los instrumentos.

Los fines están claramente señalados en las palabras de San Pío X y de Albert de Mun que hemos citado. Es preciso que estén claros en la mente de todos, y que, aunque en un momento dado puedan parecer inalcanzables, no sean sustituidos por males reales aunque menores que los que en estos momentos se pueden padecer.

Un ejemplo ilustrará lo que se quiere decir. En la Rusia de Stalin cabía desear la Rusia de Breznev e incluso combatir para que esta adviniese. Pero este combate sería estéril desde nuestro punto de vista si se cifrara en la segunda situación el fin a alcanzar como si ello fuese el bien social. Solamente teniendo conciencia clara de que es también un mal, aunque menor que el anterior, y que, por tanto, también habrá que combatir, en su día, puede organizarse una acción po-

sitiva para restaurar la sociedad. El considerar el mal menor como un bien es el mayor obstáculo para la acción que propugnamos. Ello nada tiene que ver con otra postura posible y también estéril cual es un purismo tal que todo aquello que no sea el bien no ha de merecer nuestros trabajos. Debemos dedicar esfuerzos y sacrificios para conseguir males menores, pero teniendo siempre idea clara de lo que pretendemos y de cual debe ser nuestra meta final. Es la virtud de la Prudencia la que debe guiar nuestros pasos también en este terreno.

Todo ello implica tener una doctrina. Lo que no supone unos conocimientos tan profundos y exhaustivos que nos lleven toda una vida conseguirlos y que, a la hora de la muerte, aún no hubiésemos alcanzado. Son más bien unos principios sólidos los que se necesitan para permitirnos en todo momento saber lo que queremos. Y esos principios han de llevarnos forzosamente a la acción. Porque, como decía Eugenio Vegas, ya en 1933, *acción sin doctrina vale como edificar sobre arena y doctrina sin acción es un levantar castillos en el aire.*

No basta actuar; hay que hacer obras útiles. Por lo que es indispensable, antes de actuar, saber con precisión qué es lo que se debe hacer, según dice Eugenio Vegas. Cuántos esfuerzos malgastados porque quienes se habían entregado a la acción no sabían exactamente qué querían. Y cuántas veces esos esfuerzos a la larga sirvieron más al adversario que a las intenciones de quienes en ellos arriesgaron tiempo, dinero y tal vez la vida.

Que el deseo de saber no posponga la acción hasta que ésta ya sea imposible. Y que el impulso de actuar no nos lleve a una acción sin el menor futuro. Una vez más la Prudencia iluminando nuestro estudio y nuestro hacer.

Una vez considerado el fin, esto es, la doctrina, es preciso analizar a quien esa doctrina se dirige. Los hombres, tal como son, como viven y quieren y sienten, han de ser objeto de nuestra meditación. Porque esos hombres han de edificar la sociedad y en caso de que deserten de sus obligaciones padecerán las consecuencias de sus abandonos y complicidades.

Lenin había dicho: Si hubiera habido en Petrogrado, en 1917,

solamente algunos millares de hombres que supiesen bien lo que querían, nunca habiéramos podido tomar el poder en Rusia. Pero si las palabras de Lenin pueden animarnos a concebir esperanzas sobre la importancia de una minoría consciente y decidida, también deben hacernos recapacitar que los hombres, por lo general, son apáticos y pusilánimes y que más bien lamentan el bien perdido que se esfuerzan decididamente en conservarlo.

Jean Ousset en su libro *La Acción* tiene acertadas consideraciones sobre psicología humana y a él nos referimos principalmente en este tema.

Esperar el éxito únicamente de la bondad de las instituciones o de la verdad de las ideas es insensato. Tienen gran valor unas y otras. Pueden facilitar nuestro trabajo como la buena herramienta decuplica las posibilidades del buen artesano. Pero la herramienta no consigue nada sin el obrero. Y un buen obrero puede sacar partido de una mala herramienta mientras que un instrumento excelente en manos de un chapucero es de poquísima utilidad.

De ahí la importancia primordial de contar con el hombre. Pero no todos los hombres están dotados para los mismos trabajos ni tienen los mismos intereses e inclinaciones. Por ello es precisa la existencia de una minoría capaz de suscitar el trabajo de los demás en los campos en que estén dispuestos, por capacidad, por afición, por temperamento, a trabajar.

Esa minoría es la que ha de saber utilizar los instrumentos con el mayor rendimiento posible a fin de que su actuación se multiplique en la de los demás. Para ello se requiere entrega, sacrificio, conocimiento y, sobre todo, conciencia de que se realiza un deber querido por Dios y de tal importancia que es la única posibilidad de construir la sociedad tal como Dios quiere que exista.

Se trata, pues, de un problema de reclutamiento de efectivos. Pero de efectivos muy cualificados y que no tienen por qué ser muy numerosos. Cuántas veces hemos oído decir: Si fuéramos 50.000, 100.000, un millón, esto cambiaría. Ahora bien, un millón ¿para qué? Bastarían mil personas resueltas y con conciencia de las necesidades para movilizar ese millón que se juzga necesario. Ahí está, pues, el problema. En el reclutamiento de los mil.

Como dice Ousset, es preciso saber realmente cuáles son los hombres que se necesitan. El hombre concreto y completo. De nada valen esas conversaciones ridículas y deprimentes, evocadoras del personaje señalado con sus nombres y apellidos, que es muy conocido por nosotros y en la sociedad ... muy impuesto en esto, muy competente en aquello, que serviría perfectamente, que podría ... si quisiese. Pero que precisamente no querrá o no podrá nunca. Porque es débil, porque está enfermo, porque su mujer se lo prohíbe, porque es caprichoso, porque prefiere la casa, el fin de semana o el confort, porque acaba de ser nombrado para un importante puesto ... en Caracas, porque su profesión no le deja ni un segundo, porque el aire le acatarra o porque se acuesta temprano.

No sirve para nada, o para casi nada, el amigo admirable, oculto en la intimidad de su hogar y que sería capaz de salvar el mundo ... pero que morirá sin haber hecho otra cosa que decirnos en secreto que está totalmente de acuerdo con nosotros. Más que un millón de éstos vale un Pablo de Tarso, un Hernán Cortés, un Ignacio de Loyola, o un Mao Tse Tung. Y es necesario tenerlo muy presente para evitarnos desilusiones y decepciones que podrían acabar incluso con nuestra moral.

Hombres que saben lo que quieren y decididos a conseguirlo, con prestigio en el ámbito en que se mueven, cualquiera que sea éste, es lo que hay que buscar en estos momentos. Lo que requiere un profundo conocimiento de la condición humana. Porque de la elección de los hombres y de su ubicación en el lugar donde realmente pueden ser útiles depende el éxito de la acción. Cuántas empresas han fracasado porque a un sujeto con grandes cualidades de pluma, por ejemplo, y que podría escribir magníficos artículos de periódico, se le ha asignado una misión de relaciones públicas, para lo cual no sólo no estaba capacitado sino que incluso era contraproducente.

Este agudo sentido para calibrar cualidades y aptitudes debe ser ejercitado en todo momento porque si bien hay que tener muy en cuenta que el campo de actuación normal de los hombres es su medio social y en él es donde corrientemente obtendrá mejores resultados, es necesario saber detectar la excepción que puede ser mucho más útil ampliando su actividad a otros terrenos.

Los ejemplos citados por Jean Ousset ilustrarán estas consideraciones:

¿Se trata de campesinos? Normalmente no hay clase social menos revolucionaria. Sin embargo, gracias a los campesinos de la Vendée fue detenida la Revolución desde sus comienzos, mientras que en tiempos de la Reforma en Alemania fueron la clase más revolucionaria.

Si nos referimos a la élite intelectual: filósofos, escritores, artistas, profesores, pocas clases sociales tendrán más influencia que ellos. Y, sin embargo, doce pescadores judíos, analfabetos en su mayoría, cambiaron el mundo con el anuncio de una "buena nueva".

¿Quiénes más alejados de los problemas de la vida política inmediata que los monjes? Pero pueden convertirse en el árbitro de Europa si se llaman San Bernardo, o, por el contrario, deshacerla, si se llaman Martín Lutero.

Las jóvenes campesinas esperan el matrimonio ayudando a su madre en las faenas de la casa. Excepto Juana de Arco que salvó a Francia al frente del ejército. Y los pintores de la construcción normalmente pasan la vida con sus brochas, excepto en el caso de Adolfo Hitler.

Lo que viene a confirmar que el hombre, con sus virtudes y sus defectos, es elemento básico en la acción que se quiere emprender. Y no estamos en situación de perder ningún talento por falta de atención para descubrirlo. Y mucho menos entregar a un inepto unos medios que él se encargará de inutilizar, mientras que en manos de otro producirían excelentes resultados.

¿Cuáles son los instrumentos al servicio de los hombres en su acción? ¿Qué métodos producirán mejor resultado?

Es también éste un capítulo esencial por su importancia. Y dentro de ellos hay que hacer una referencia, de nuevo, a la doctrina aunque ahora considerado desde otro punto de vista del utilizado en páginas anteriores.

Hemos dicho que la doctrina era imprescindible para saber los fines de nuestra acción y de este modo tiene un carácter fundamental y no instrumental. Pero la doctrina es también algo para transmitir

a los demás a fin de que en comunión de ideales se unan a nuestra tarea.

Es, desde este punto de vista, como puede considerarse a la doctrina un medio de acción. Y hay que considerar cuáles son los mejores métodos para exponerla y difundirla. Teniendo en cuenta la mentalidad del hombre de hoy, sus intereses y motivaciones y, sobre todo, la necesidad que tiene de recibirla. Una vez más la Prudencia. A éste se llegará mejor con la doctrina católica, sobre la empresa; a aquél hablándole de la política en su sentido cristiano. Con uno habrá que ir con sumo cuidado porque sus prejuicios le hacen ver en la doctrina social católica algo caduco y reaccionario y sólo convencién-dole de la bondad de sus principios, tal vez sin decirle siquiera que son católicos, llegará a aceptarla. Otro, en cambio, la recibirá gozoso desde el primer momento. No hay que ser maximalista en el sentido de pretender que desde el primer momento se ha de aceptar íntegramente la doctrina de la Iglesia, sino que se trata más bien de una labor de siembra y de cultivo que con la ayuda de Dios ha de granar en espléndida cosecha. Cada hombre es un caso y no valen, pues, reglas generales. Pero esta parcelación de la verdad no quiere decir en modo alguno una tergiversación de la misma. Nada tiene que ver el explicar a un padre de familia los porqués de la *Humanae Vitae* y no hablarle de la *Quadragesimo Anno*, con defender el uso de la píldora anticonceptiva para caer más simpático con vistas a más tarde exponerle la verdad.

También hay que considerar aquí los medios económicos. Tan convenientes y casi siempre tan escasos. Aunque como muy bien dice Jean Ousset, una cierta pobreza no es obstáculo para la acción. Sino que más bien despierta el ingenio, templa las almas y suscita mayores energías y adhesiones en quienes combaten. Hay que tener presente que nuestro combate nunca tendrá a su disposición las cantidades que la subversión recoge fácilmente de fuentes más o menos ocultas y algunas de ellas insospechadas. Por ello existen dos reglas que nunca deben olvidarse: No intentar acciones superiores a las propias disponibilidades y entre varias, a un mismo costo, emprender aquella que dé más rendimiento.

Es sumamente peligroso el ilusionarse con empresas condenadas

de antemano al fracaso por falta de disponibilidades materiales. Además del desánimo que el fracaso de las mismas produce, se ha perdido un tiempo precioso que habría fructificado en otras empresas más rentables. Y, sobre todo, hay que convencerse de que la falta de recursos para intentar determinada acción no nos excusa para no emprender ninguna. Tal vez hoy no sea factible hacer un periódico, pero lo que siempre está a nuestro alcance es convencer a un amigo, a un compañero de trabajo, a un vecino o a los padres de un amigo del colegio de nuestros hijos.

Este tipo de acciones está siempre a nuestro alcance. Y no supone en absoluto desprestigiar las otras mucho más vistosas y resonantes pero tal vez más ineficaces. Y, además, ésta preparará las otras. Porque ¿de qué valdrá editar con grandes sacrificios un periódico de nuestras ideas si luego no lo comprase nadie? Y ¿para qué organizar grandes ciclos de conferencias si luego iba a estar vacía la sala? Es preciso este trabajo previo de conquista de espíritus. Una vez realizado, serán posibles todas las demás acciones. Y en esta acción humilde y silenciosa pero sumamente eficaz tenemos que verter todos los recursos del ingenio y de la simpatía. Y ahí deben trabajar los padres y los hijos, pues todos tienen algo que hacer. Es ya una primera labor. La esposa que conquista al marido, que tal vez tiene las mismas ideas pero muy enterradas por su trabajo profesional, por desánimo o simplemente porque nunca se ha detenido a pensar en ellas. El marido que ilusiona a su mujer, tal vez demasiado ocupada en cuidar a los hijos o en hacer que los ingresos del esposo lleguen hasta fin de mes. Cuántos padres han perdido a sus hijos porque nunca se preocuparon de que sus ilusiones continuaran en ellos y cuántos hijos modelos de propagandistas de una idea hablan a todo el mundo de ella ... menos a sus padres.

Y de la familia a los amigos, a los compañeros de trabajo, a todas aquellas personas con las que la vida nos pone en relación. Hay que hablar, hay que reunirse, hay que programar acciones. Y una vez conseguido esto ya es muy fácil el Congreso, la gran conferencia, la revista o el periódico.

Como dice el magnífico libro *El Reto*, que con *La Acción* debía ser un libro de lectura y meditación diaria para prepararnos al com-



bate ideológico al que estamos llamados, por voluntad de Dios y por nuestro propio interés, hace falta un grupo de hombres no solamente formales, hábiles, resueltos, tenaces, sino también diferentes entre sí, repartidos por todos los lugares y medios; valerosos y conscientes de sus responsabilidades.

Un grupo de hombres que, habiendo captado bien el espíritu de lo que hay que hacer, es capaz de sugerir, promover, orientar, ejecutar incansablemente.

Un grupo de hombres unidos por una misma voluntad, pero no agrupados en una formación compacta.

Un grupo de hombres con temple suficiente para que estando unidos en los métodos, en la persecución de un mismo fin, no se sientan desalentados al sentir la impresión de combatir en un aislamiento inevitable. Un grupo de hombres que estén a la vez unidos y dispersos, que creen a la vez unidad y diversidad.

Un grupo de hombres que, sea cualquiera su procedencia social, sus opiniones políticas, tenga por encima de todo un espíritu común que les impida fijarse solamente en su actividad particular. Su compromiso no será fecundo si no se actúa. Podrán luchar unos en el campo sindical, otros en el religioso o universitario, pero todos deberán tener en cuenta la circunstancia del combate general, dentro de los cuales su acción particular encuentre su justificación y sus límites.

Un grupo de hombres que creen centros de energía, donde un mínimo de hombres impulse a un máximo de ellos.

La constitución de un grupo tal no se logra por decreto. Se trabaja y se esfuerza uno en formarlo.

Hasta aquí la larga cita tomada de *El reto*, pero que ilustra al máximo lo que se debe hacer dadas las características de nuestro combate y los medios a nuestra disposición. Hay que reunir a esos hombres y esa es la primera y más urgente tarea.

Teniendo en cuenta también cuál es el mundo que nos rodea, su mentalidad ambiente, sus filias y sus fobias, las posibilidades que nos ofrece con la existencia de instituciones utilizables y mejorables a las que hay que dar una vida y una efectividad de la que ahora carecen.

De esta manera, en esta acción múltiple y flexible, podrá recons-

truirse la ciudad tal y como queremos que sea. Pero con nuestro esfuerzo ilusionado. Porque de nada vale el pensar que sería muy hermoso que esta tarea fructificase si no agarramos el arado y esparcimos la semilla. Y si no abonamos, regamos, podamos ...

BIBLIOGRAFIA ESPECIALMENTE RECOMENDADA

Se ha buscado la facilidad de su localización por lo que prácticamente se ha reducido a trabajos aparecidos en VERBO,

JEAN OUSSET: *La Acción*. Speiro, Madrid, 1969.

EDUARDO COLOMA: *El reto*. Escelicer, Madrid, 1972.

GONZALO CUESTA: *Hombres de principios y acción*: VERBO núm. 33.

JEAN OUSSET: *Fátima o el deber de estado*. VERBO núm. 58.

EUGENIO VEGAS LATAPIÉ: *Doctrina y Acción*. VERBO núm. 60.

FCO. JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGONA: *Acción*. VERBO núm. 84.

MICHEL CREUZET: *El Congreso de un método*. VERBO núm. 85-86.

JUAN VALLET: *La revolución francesa y su reflejo ulterior en la ordenación de los Municipios*. VERBO núm. 97-98.

JUAN VALLET: *La Octogesima Adveniens, ¿ha derogado la doctrina social católica?* XII, VERBO núm. 97-98.

JEAN OUSSET: *Las razones de nuestra esperanza*: VERBO núm. 117-118.

RAFAEL GAMBRA: *Sentido cristiano de la acción*. VERBO núm. 119-120.